

## Cecilia Bohl de Faber

Por AZORIN

MADRID, mayo de 1951 (Colaboraciones AMUNCO para el DIARIO DE YUCATAN). — El caso de Cecilia Bohl de Faber Larrea es el mismo que el de Juan Eugenio Hartzenbusch Martínez; hija de alemán y de española; pero en tanto que Hartzenbusch permanece en España (es ebanista con su padre) Cecilia se forma en Alemania. Se recria luego, en Sevilla. Vive en Sevilla once años, en una casita inclusa en el Alcázar. En el caso de Cecilia lo difícil es discriminar la parte que haya en su persona de inteligencia y la parte que haya de sensibilidad; a veces nos parece que predomina en ella la sensibilidad de un modo acentuado; a veces juzgamos que es la inteligencia, una inteligencia sutil, la que resulta. Posee Cecilia tres idiomas vivos y uno muerto, el latín; conoce dos o tres literaturas; por tradición familiar, está versada en los clásicos castellanos. Nos interesa en Cecilia el manejo del idioma; no maneja lo mismo un idioma quien sea sensible que quien sea intelectivo. No recoge la realidad de modo idéntico uno que otro. De estirpe selecta, anatómica y fisiológicamente selecta, Cecilia es sensible en extremo; percibe el matiz más leve; hacen mella en su espíritu los pormenores. Su organismo, su persona entera se han visto en diversas ocasiones profundamente conmovidos. Se casó tres veces; una de ellas ha sido con holgura, marquesa consorte; su tercer marido, que allegara una fortuna en Australia, se suicidó, al verla perdida. Vuelve Cecilia a ser pobre, lolega, en 1857, que Isabel II le concedió morar en el Alcázar sevillano. En 1868, Cecilia que, desmoronada la Reina, su protectora, no pudió continuar en el Alcázar. Vive Cecilia otra vez pobemente; ha sido bellísima; conserva la tersura de las facciones y el brillo de los ojos. Sus manos delicadas, flamanas, se ocupan en escribir, en hacer labores, en cumplir los menesteres domésticos. En literatura existe una línea ideal, imperceptible, entre lo poético y lo vulgar; hay que estar atentos para no confundir los dos campos. Observa finamente Cecilia; lo em-

marazoso es concretar. El ambiente en que se mueve Cecilia es el de un posromanticismo en provincias; sus poetas son, con Cánfield, el más íntimo, Corvino, Trubcha, Egulizal, Arnao, Rodríguez Zapata.

Se inclina Cecilia, por una parte, a la realidad popular, viva, auténtica; siente, por otra, la atracción de lo aristocrático. Cree que lo poético no puede —no debe— ser expresado con palabras vulgares. Empieza, en su dialogar, el "usted" y el "vos"; le propone un amigo, en una reedición, que sustituye todos los "vos" por "usted"; ella se niega; opina que a unas situaciones conviene un tratamiento y otro a otras. En una fórmula con que Cecilia se define, podemos ver su complejidad, su dualidad: "Me gustan los árboles, como a los pájaros; las flores, como a las abejas; las parras, como a las avispas, y las paredes viejas, como a las salamanquas". En esta confesión, la primera parte es lo vulgar; la avispa en la uva remostada y la salamanquesa en la grieta del muro son lo original, lo que hubiera dicho Boceto, lo que hubiera dicho el autor del "Poema del Cid". A fuerza de sentir —en resolución, Cecilia es una sensativa—, nuestra escritora vive alucinada; la molestia que la elogian, por lo menos, excesivamente, la perdió para ella una pensión cierto periódico; por oponerse, políticamente, piden otros igual merced para Tula Avellaneda, para Carolina Coronado, para Cecilia ratos crueles; no quiere pensión, ni ser equiparada a Tula, a Carolina; ellas son ricas y Cecilia es pobre. Cuando coge la pluma y escribe, "siente" tanto —bajo su serenidad aparente—, que titubea ante tales o cuales vocablos; escribe sin ortografía; pone, por ejemplo, "osbitante", "instincto", "potisdata", etc. Dice en cierta ocasión: "El horripilante (o orripilante, no tengo tiempo de mirar el diccionario)" —En cambio se ufana de inventar "desprestigiado"; deduce también de bocetar "desborellado"; desportillado. Va escribiendo Cecilia suavemente; el prodigo en Cecilia, consiste en cómo la realidad (Pasa a la 6a. plana, 1a. columna)

## Bienvenida a los Académicos de la Lengua, Hispanoamericanos, en la Universidad de Puebla

A quién, si no a vosotros, Soberanos del más hermoso idioma de la tierra, decoro y prez de americana estirpe, del verbo lucentísimos orfebre, gallardos amadores de las Musas que entre las ramas trémulas suspiran y ríen de la fuente en los cristales y de la vida en flor los senderos, y la Puebla de los Angeles ansia.

La Puebla de los Angeles, heroica, porque supo guardar de su decoro en alto las banderas; porque supo, en arrebato que los siglos vieron con asombrados ojos, de Lutecia el fiero ultraje convertir en polvo.

La Puebla de los Angeles, nacida para ser guardadora de las almas que a Díos consagran su hermosura, lloró en el grave silencio de los claustros, donde tan sólo el órgano sonoro es música de luz de la plegaria que al infinito azul tiende su vuelo, con alas temblorosas, porque exprime el llanto de las intimas dolencias, la amargura de todos los pecados, del arrepentimiento los sollozos y la esperanza del perdón.

Dios mismo ordenó que los Angeles del cielo guardasen los caminos de esta Puebla, que es arca florentísimas del arte, en sus juegos de cúpulas esbeltas, en sus capillas de penumbras vagas donde el ensueño del artista responde entre columnas y retablos de oro; en su atrevida catedral, trasunto de la sublime inspiración de Herrera al concebir el Escorial severo; en sus divinos patios coloniales que, en los amanececeres luminosos, en los breves crepúsculos de oro, y en las noches románticas de luna, como un ensueño, sin cesar ofrecen "agua de luz en taza de azulejos"; en sus ventanas de floridas rejillas, donde unos ojos con pasión nos miran, y nos estrechan unas manos blancas, y escuchamos la música sin nombre de las palabras que el amor presente... De Boceto las obscuras golondrinas, de esas ventanas el cristal rozaron y de amor más hogueras encendieron!

Jardines de opulencias ignoradas con árboles añosos do se escucha un suspirar de céfiro en las frondas "que del oro y del etero pone olvido";

(Pasa a la 6a. plana, 1a. columna)

y un deslizarse musical de linfas entre deshojamiento de amapolas y perfumes ocultos de violetas; jardines de rincones olvidados con ensueños de amor en sus penumbras, y rosales que lloran sus tristezas sobre despojos de caducos niños... Ha muchos años, por allí pasaron las juventudes locas de alegría, poblando con lirismos y canciones el aire azul de transparente esencia!

La Puebla colonial desaparece, y se levanta la moderna Puebla con gallardía de gentil matrona que embraza, púgil, reluciente escudo, para defensa de su hogar: sagrario de Religión y de piedad profunda.

Sobre las ruinas del ayer, se ergue vertiendo luz de claridad no usada, de Covarrubias el solar fecundo, prodigador de finas complacencias, de recias alas de aquilinos vuelos que nos invitan a escalar la altura y a seguir entre lámparas de astros hasta llegar a Díos, fuente inextinta de ciencias y más, ciencias y más ciencias, y de infinita plenitud de arte.

Por estas aulas pasó sus ansias de Clavijero el alma inconfundible hasta encontrar, con agujeros ojos, ricos tesores de la historia antigua; a los conjuros de Javier Alegre, de entre los siglos se levanta Homero y la música heroica de su Ilíada atento escucha en virgiliános ritmos, cabe las fuentes limpísimas del Lacio. Y ahí, por esos amplios corredores, andá el divino Rafael Landívar con su caudal de raras armonías, al margen recogidas de los ríos, de las canoras aves, de las frondas, de la brisa que va sobre las fuentes a humedecer la seda de sus alas, y de la inspiración que en su cerebro arde por producir la "Rusticatio", concreción del paisaje americano.

Y esos cantores de la voz de oro, con alma griega y corazón cristiano, versos y lira ante vosotros dejan sobre un haz de encendidos corazones, oh!, preclaros amigos de las Musas, y del verbo finísimos orfebre; Bienvenidos sois a vuestra Casa, entre aplausos de ardientes juventudes!

DELFINO C. MORENO  
(Decano del H. Cuerpo Docente de la Universidad de Puebla).

Puebla, a 29 de abril de 1951.

(\*) Los de la Universidad de Puebla.

## Los Poetas Yucatecos del Siglo XIX

Por el Lic. JOSE ESQUIVEL PREN

OVIDIO ZORILLA. (Continúa).

—Colaboró, como era la costumbre, en numerosos periódicos y revistas de su tiempo. Le anotarios en "La Revista de Mérida" —1869— "Una obra sobre la tumba de Pedro Casares Tenorio" (Pág. 71); en la propia revista —1870— "A Francisco Sosa, en el desierto" (Pág. 20); "Ovidio" (Pág. 84), "Adiós" (Pág. 165); en el semanario "Album Meridano", el poema en tres partes "Tardes Serenas", dedicado al poeta cubano en el exilio Alfredo Torreella (Pág. 61), y en el "Reportero Pintoresco", el poema "Serenata" (Pág. 485).

Pero más afortunado Don Ovidio que algunos otros poetas yucatecos de aquella época, logró dar a sus versos —a más de su colección de cuadernillos— que enunciaron en el orden cronológico en las que conocemos: la primera salió de la imprenta de Don José Dolores Espinoza, con 130 páginas el año de 1863.

Entones nuestro comercio literario,

al par que otros géneros de comercio,

tratábanse más con el medio social,

en aquellos felices años, pues ni los gacetteros tenían la excusa que

pueden invocar y invocan los que

trabajan en el periodismo moderno:

premura de tiempo, redacción vertiginosa. Bien pudo el artista

ahondar un poco más en el libro de

Zorilla, que tenía a la vista; pero

observamos que, por regla general,

los críticos americanos del siglo xix

están de acuerdo en su juicio,

con el que nos manifestamos

conforme a lo que Don Ovidio,

que esta vez cambiaron su

lenguaje, dice: "No se tienen

que se tienen sentido, que no di-

cen nada". No se concibe "dificultad

en la versificación" sino en quien

sean poeta, pretende escribir ver-

los. Para un poeta la versificación

es fácil ni es difícil. Simplemente es. De la misma manera que un poeta no es bueno ni malo. Simplemente es. No se tienen "calidades de poeta"; se es o no se es poeta.

Horacio explica esto con sencillez

concisa: "En ciertas cosas cabe y asienta bien la mediana. Habrá oradores y jurisconsultos que sin tener

que serán de casas, enviándolos a nuestro

país, habrá y hospitalario sueño.

Pero este es otro cuento, como decía

Rudyard Kipling.

No es raro, pues, que en "La Nue-

va Epoca" —periódico oficial de Yucatán en los años de 1863-1864— Don

Manuel Barbachano y Tarrazo ("D. Gil de las Calzas Verdes"), publicara

un artículo reproduciendo otro que

apareció en "El Tiempo", de la Ha-

bana, número del 30 de marzo que,

en lo conducente, copiamos: "En

Mérida de Yucatán existe un joven

poeta que se llama nada menos que

Ovidio Zorilla y que ha publicado

recientemente en dicha ciudad una

colección de poesías líricas, que a

la vista tenemos. Es un volumen de

130 páginas en cuarto, que contiene

unas cuarenta y cinco composicio-

n; y aunque las hemos recorrido

ligeramente, sin embargo, como el

poeta se revela en cualquier rasgo,

las referidas poesías líricas nos re-

velan que su autor posee cualidades

que muy estimables de poeta: facilidad

en la versificación, sentimiento y

cierta frescura que denotan una al-

ma joven y apasionada".

Mal andaba la crítica, en América

en aquellos felices años, pues ni los

gacetteros tenían la excusa que

trabajan en el periodismo moderno:

premura de tiempo, redacción verti-

ginosa. Bien pudo el artista

ahondar un poco más en el libro de

Zorilla, que tenía a la vista; pero

observamos que, por regla general,

los críticos americanos del siglo xix

están de acuerdo en su juicio,

con el que nos manifestamos

conforme a lo que Don Ovidio,

que esta vez cambiaron su

lenguaje, dice: "No se tienen

que se tienen sentido, que no di-

cen nada". No se concibe "dificultad

en la versificación" sino en quien

sean poeta, pretende escribir ver-

los. Para un poeta la versificación

es fácil ni es difícil. Simplemente es. De la misma manera que un poeta no es bueno ni malo. Simplemente es. No se tienen "calidades de poeta"; se es o no se es poeta.

Horacio explica esto con sencillez

concisa: "En ciertas cosas cabe y asienta bien la mediana. Habrá oradores y jurisconsultos que sin tener

que serán de casas, enviándolos a nuestro

país, habrá y hospitalario sueño.

Pero este es otro cuento, como decía

Rudyard Kipling.

No es raro, pues, que en "La Nue-

va Epoca" —periódico oficial de Yucatán en los años de 1863-1864— Don

Manuel Barbachano y Tarrazo ("D. Gil de las Calzas Verdes"), publicara

un artículo reproduciendo otro que

apareció en "El Tiempo", de la Ha-

</